

LA EMIGRACION, DRAMA DE NUESTRO TIEMPO

- I -

Largo rato me quedé contemplando la fila dolorosa de emigrantes que tejían un viacrucis de hondo dramatismo humano en torno al sepulcro de la Madre Cabrini, la santa de los emigrantes, en aquella tarde gris del otoño neoyorquino. En la mayoría se reflejaba la nostalgia de lo que quedó lejos, y la angustia de la vida en su primera fase de asimilación al nuevo medio... Cada rostro era un acto de ese colosal drama que constituye la emigración. Un episodio más, un detalle... El italiano, añorante del sol placentero, y el puertorriqueño, casi un niño, con los ojos asombrados llenos de miedo de la ciudad babilónica, y el negro, rudo y piadoso del sur...

La emigración problema mundial.

Una rápida mirada a la geografía humana y topamos enseguida con esas masas humanas densas que se rebullen casi asfixiadas en la estrechez de ciertos países superpoblados. A la densidad humana ordinaria se han unido en muchos países superpoblados las nuevas oleadas lanzadas por la resaca de la guerra, y de las expropiaciones colectivas.

En Alemania existen más de 9 millones de refugiados, cifra que cada día aumenta por la corriente migratoria de los evadidos del Este comunista.

En Italia hay un excedente de más de 10 millones de personas sobre la capacidad humana del país. En Holanda la saturación está llegando a su punto crítico, en varias de sus provincias e Inglaterra necesita importar subsistencias para más de 20 millones de sus habitantes que no pueden alimentar con sus propios recursos. ¿No explica esto algo la política actual inglesa?

En España el problema de excedente se complica con unas con-

diciones de vida no apetecibles. El régimen no ha sabido encontrar solución al problema de crecimiento humano y la lucha por la existencia en un medio estrecho y sin perspectivas hace surgir una dolorosa interrogación.

La densidad humana ha pasado, por ejemplo en Alemania de 150 habitantes por kilómetro cuadrado en 1937 a 196 en 1955, y en Italia de 143 en 1937 a 143 en 1950. El excedente activo en Italia se calcula en 3.700.000 personas. El poder de absorción del país, según los planes económicos más generosos es de 100.000 a 120.000 trabajadores al año, al paso que la población activa crece en 250.000 personas anualmente.

Más de 2.200 millones de seres humanos viven en los países asiáticos, de una densidad humana imposible de imaginar, si no fuera palpitante realidad. Las cifras escandalosas de abortos por el malhadado "birth control" en la India y Japón nos despiertan, como un horrendo trueno con su latigazo escueto.

Y en contraste, en nuestros países que Dios superdotó con una generosidad manirrota, la tierra grita sedienta de hombres, y languidece anémica en manos de unos cuantos, poquísimos, capitalistas que apenas la arañan.

Según la Conferencia de Nápoles, convocada para el 2 de octubre de 1951 por la O. T. I. podemos adelantar algunos datos que nos ayuden a enfocar el problema.

Australia en 1951 estaba dispuesta a absorber 150.000 trabajadores especializados de las industrias de base, o también de las industrias de la construcción, metalúrgica y minería. El Canadá fijó su cuota anual en 150.000 trabajadores, que quiere reclutar principalmente en los países anglosajones, y Francia, tal vez no los más constreñidos por la presión migratoria. Argentina no dió cifras, pero se declaró dispuesta a recibir numerosos trabajadores, con la condición de encontrar capitales. Y la misma postura adoptan, con las peculiares variantes, las demás repúblicas sur-americanas.

Según cálculos del Dr. J. D. Kingsley, director de la O. I. T., los países de inmigración del Nuevo Mundo podrían absorber actualmente un mínimo de 536.000 inmigrantes al año.

Posición católica ante la emigración.

La hiriente desproporción entre la creciente población y las disponibilidades alimenticias en muchos de los países del mundo ha despertado la inquietud en las capas responsables de la Sociedad, y ha creado la opinión de que la única solución viable es la li-

mitación de los nacimientos. Su Santidad en repetidas ocasiones ha aclarado ideas con la nitidez del que habla en misión recibida de lo alto.

"Rechazamos sin vacilación el neomalthusianismo, preconizado aún por un gran número de economistas y demógrafos, sobretudo en los países anglosajones, como católicos que somos, y también porque no hay doctrina económica más falsa, ya que los recursos económicos alimenticios y los demás, en nuestra época de progreso técnico, se pueden desarrollar más rápidamente que la población. Y ello es la refutación más formal de la tesis de Malthus".

No puede ser solución una violación manifiesta y criminal de las leyes sagradas de la vida. El Papa ha insinuado en diversas ocasiones "las ventajas que se darían en favorecer la corriente migratoria hacia regiones no del todo desarrolladas".

La Jerarquía australiana en carta pastoral de hace tres años se plantea seriamente el problema y da soluciones, que tienen extraña afinidad con las que entre nosotros serían del caso.

"En una tierra como Australia, en su desarrollo inicial, cómo podríamos en conciencia rechazar la oportunidad (de establecerse) a estos millones de personas, simplemente para monopolizar los recursos del continente para nosotros mismos? Persistir en esta postura, cuyas consecuencias son claras, sería hacernos, al menos indirectamente, responsables de los males que se derivarían de ahí en los países donde existe la sobrepoblación".

"Allí donde la pobreza y la inseguridad empujan a los padres a limitar artificialmente sus familias, ¿cómo podríamos nosotros descargar nuestra responsabilidad enteramente, si tenemos tantos medios para venir en su ayuda? ¿Cómo podemos estar con los brazos cruzados y pretender que nada podemos hacer ante la realidad triste de muchos países en que la pobreza y la inseguridad empujan a hombres y mujeres, por otra parte honestos, a dar sus votos al comunismo en un momento de desesperación, y así poner en peligro la cristiandad?"

Enumeramos algunos de los principios cristianos de la filosofía de la emigración.

"Es absolutamente indispensable que los bienes creados por Dios para todos los hombres lleguen con equidad a todos, conforme a los principios de la justicia y de la caridad." (Encíclica *Serum laetitiae*). Este principio implica también en el Derecho Internacional la obligación de los pueblos más favore-

cidos de ayudar a los menos.

"Dios puso a disposición del género humano la tierra, dicen en una célebre pastoral los Obispos del Canadá, y en consecuencia los países que tienen tierras no ocupadas deben favorecer la inmigración de los habitantes de países superpoblados."

En su patético mensaje navideño de 1952 Su Santidad condenaba vigorosamente la organización mecánica de una sociedad que destruía "el derecho natural de la persona a que no le impidan el emigrar o inmigrar" y mucho menos con el falso pretexto de un bien común falsamente entendido o aplicado".

En 1952 Su Santidad condenaba vigorosamente la organización mecánica de una sociedad que destruía "el derecho natural de la persona a que no le impidan el emigrar o inmigrar", y mucho menos con el falso pretexto de un bien común falsamente entendido o aplicado.

"El derecho natural mismo, no menos que el que el sentimiento de humanidad, obliga a dar la posibilidad de emigrar; porque el Creador de todas las cosas ha dispuesto todos los bienes para que sirvan al bien de todos. Por ello, por más respetable que sea, no puede ponerse de escudo el dominio soberano del Estado, cuando la tierra ofrece posibilidades de alimentar una gran muchedumbre, para rehusar el acceso, sin causas justas y razonables, a extranjeros sin recursos, de costumbres honestas que no sean peligro para el bien común, considerado como conviene hacerlo".

"Nuestro planeta, dice S. S. Pío XII en la "Exul Familia", con sus océanos inmensos, con sus mares y sus lagos, con sus montañas y planicies cubiertas de nieve y eternos hielos, con sus grandes desiertos y sus tierras inhóspitas y estériles, no escasea de tierras y regiones aptas para la vida, abandonadas al capricho de una vegetación espontánea, y que podrían acomodarse a las actividades de la civilización... Aquí entra en juego, según la "Rerum Novarum" el derecho de la familia a un espacio vital".

Esos millones de hermanos de países sin recursos tienen derecho a las riquezas inexploradas de nuestros países sin hombres... El Estado, responsable del bien común debe facilitarles su derecho sin perjudicar los derechos de los hijos de la casa, pues la verdadera caridad empieza por uno mismo y los de casa, y antes que una generosidad de "despilfarro" existe la virtud de la justicia que da a cada uno lo suyo.

JUAN M. GANUZA, S. J.